

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LA CANCIÓN DE LOS SOÑADORES

LA CANCIÓN DE LOS SOÑADORES

El despertar de Osharan
Libro segundo



Eva Amuedo



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2023, Eva Amuedo
© 2023, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2023, Laia Baldevey, por la ilustración de cubierta

Primera edición: septiembre de 2023

Edición de texto: Roser Vales i Abenzoa
Ilustración del mapa de Muriath: Pablo Uría Díez
Fotografía de la autora: Amparo Benzal
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenzoa
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-126662-4-3
Depósito legal: B 10799-2023

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Para vosotros,
los que seguís soñando con portales a otros mundos.*



LIAMPA

Fraem Lab

Carla Nevada

Neca

Gorgora

Araen Laj

ALVIAT

Alviat

MURIATH



FALAR-SHAN

MAR CARIO

Laccados

Jirian

Liam

Ngeros

Camodén

Atasia

Palar

RISORG

RIO HICAMA

LAS AVISEAS

Las puertas de la Gistar

Caméag

El Bentar

Ngnal-Pat

RUNNA

Las Oleas

Galear

Silhadés

Brezalde Jae

PÁRAMO-DE-BAL

ÍNDICE

En El dáríco gris 15

Prefacio 19

PRIMERA PARTE

Edmoden 23

Alcea 32

Edmoden 40

Montañas Avíseas 53

Edmoden 56

Laccados 74

Cadarsia 80

Laccados 86

Bosque de Arg 94

Laccados 98

Alviat 119

Laccados 127

Laen'dah 135

SEGUNDA PARTE

Baden 139

Cadarsia 160

Nafda 163

Baden 170

Edmoden	179
Palar	183
Montañas Avíseas	190
Risorg	195
Alviat	215
Risorg	218
Atasia	225
Risorg	229
Atasia	246
Risorg	254
Laen'dah	260

TERCERA PARTE

Atasia	265
Marial-Pat	271
Cadarsia	284
Montaña de los Moradores	300
Cadarsia	316
Marial-Pat	327
Montaña de los Moradores	337
Cadarsia	344
Montaña de los Moradores	347
Cimeag	363
Montaña de los Moradores	367
Cimeag	388
Montaña de los Moradores	394
Bosque de Ohn	400
Cimeag	415
Cadarsia	425
Cimeag	428
Marial-Pat	450
Cimeag	453

Bosque de Ohn	472
Laen'dah	478
<i>Epílogo</i>	480
<i>Hijos de Muriath</i>	483
<i>Glosario</i>	489

Querido lector:

Bienvenido de nuevo a Muriath. Ha pasado ya un tiempo desde nuestro último encuentro en la primera parte de *El despertar de Osharan*.

En *El dárlico gris*...

Alhanna es transportada de Asthaluss, la Tierra, a Muriath, un mundo habitado por criaturas fantásticas que viven bajo la sombra de otros seres sobrenaturales. La joven descubre enseguida que ha sido reclamada con la misión de encontrar al Juez, un ser capacitado para juzgar y ejecutar razas enteras. Muriath se encuentra dividido por la Jistar, una barrera que separa a mortales de inmortales.

Por suerte, Alhanna no debe enfrentar sola su llegada a Muriath, pues al transportarse a este nuevo mundo aparece ante Kishur, el rey de los dárlicos. Ya en ese momento se crea entre ellos un fuerte vínculo. Muchos tratan de romperlo para hacerse con Alhanna, que se convierte en un objetivo debido al poder que alberga: la joven tiene la capacidad de usar la endomia, una habilidad que ningún humano ha poseído jamás.

Alhanna viaja con Kishur y los dárlicos hacia la fortaleza de Fraem-Lab con el propósito de encontrar un lugar seguro donde aprender a usar la endomia, y donde Kishur intenta esconderla. En el camino, lleno de peligrosos obstáculos, su mayor escollo son los kalastys, que, comandados por la dama roja, atraviesan el norte arrasando pueblos y ciudades con el objetivo de debilitar a los humanos y abrirse paso hacia las montañas Avíseas. La dama roja, obsesionada con Kishur, no deja que este olvide que le debe su vida. Solo el miedo que le profesa al demonio Trivaz, el guardián de la Jistar, la mantiene bajo control, por lo que se ve obligada a ayudar a Trivaz a capturar a Alhanna.

Los peligros para Kishur y Alhanna no terminan al llegar a Fraem-Lab: dentro de la ciudad, Trivaz se hace pasar por un dáríco llamado Gaz y consigue manipular a los estudiantes de endomia para atacar la fortaleza y convencer a Alhanna de que se marche con él. Su plan acaba en una encarnizada lucha entre dárícos y estudiantes y demonios. La ciudad dáríca se tiñe de muerte.

Tras la batalla, Trivaz se presenta ante Kishur para advertirle de que buscará a Alhanna al llegar la primavera. También le asegura al rey de los dárícos que Kishur no es su verdadero nombre y que ha olvidado quién es en realidad. Tal afirmación provoca un fuerte conflicto en el dáríco, que comienza a sufrir extrañas visiones. A pesar de todo, está dispuesto a mantener a Alhanna a salvo de aquellos que quieren apresarla, y promete vengarse de Trivaz por el daño que ha causado a Alhanna y a su pueblo.

Mientras tanto, en Marial-Pat, los humanos, descontentos con el gobierno y temerosos ante una posible nueva guerra con los kalastys, se rebelan contra sus gobernantes. Quiazz se ve envuelto en una intriga que no desea, arrastrado por su padre, Zaraen, que le obliga a partir en busca del humano con endomia, desconociendo que se trata de Alhanna, con la esperanza de convertirlo en rey y usar su poder para proteger a su raza. Quiazz sufre el encuentro con una criatura alada que le llama «portador de muerte».

Los hermanos Hal, poderosos soñadores, abandonan su hogar tras cruzarse en Górgora con los dárícos. Shudei y Riaku se aventuran en una travesía en la que las decisiones que toman se ven irremediamente afectadas por sus sueños. Y es que Shudei comprende que su vida ha sido manipulada para prepararlo para un solo propósito: buscar y proteger a Alhanna.

Alguien teje toda esta historia moviendo los hilos en las sombras. Se trata del ser que depositó sueños en las mentes de Shudei y Riaku y les manipuló para confeccionar un futuro muy concreto, y quien preparó la llegada de Alhanna. Sin embargo, no todo ha salido como planeó.

No quedó registrado el momento, el preciso instante, en el que la Canción tomó forma y se convirtió en realidad. Nadie recuerda con exactitud la primera vez que fue escuchada; tampoco quién lo hizo. Su creador la compuso con calma, concentrado en cada nota. Podía cantarse de muchas formas, y grandes voces se alzaron para intentar hacerla suya, pero era tan compleja que muy pocos lo lograron. Dilucidar su tonalidad era verdaderamente difícil, pues la mínima variación melódica, aunque fuera casi imperceptible, la convertía en algo muy distinto. Aquellos que fueron capaces de ello tuvieron en sus manos una peligrosa arma. La Canción fue creada para detener el poder y castigar a quienes eran incapaces de controlarse, para evitar que toda la energía del mundo acabara en las manos incorrectas. Y, sobre todo, para aplacar a los más poderosos.

La letra carecía de importancia: era la melodía lo que imbuía de control al ser que la cantaba. La música parecía detener el tiempo, enmudecer los sonidos del mundo e incluso quebrar la tierra. Quienes hacían uso de su poder, fueran endémicos o devoradores, veían su don truncado y se volvían incapaces de usar la energía del mundo. Los seres inmortales perdían durante ese momento su eternidad y se volvían manipulables e indefensos. Se sentían amenazados por la muerte.

Al principio, la Canción fue escuchada con atención e incluso cierto fervor; pero cuando su letra fue revelada y su significado comprendido, muchos dejaron de cantarla.

Una única voz dominaba como ninguna otra: la voz del Guerrero del Dragón.

PREFACIO

El niño estaba sentado sobre la hierba, con la flauta morada entre las manos. Tocaba la suave melodía mientras observaba a su madre caminar por la orilla del lago; su hermano y su padre entrenaban con la espada apartados de ellos, fuera de su vista. Riaku se sabía la Canción de memoria; se la había escuchado muchas veces a su madre, que la tarareaba con frecuencia. A él le proporcionaba calma, y ella siempre le había asegurado que, con la Canción en su mente, su poder de soñador permanecería dormido. Quería creer con todo su corazón que era verdad. Para su madre ya era tarde, y Riaku lo sabía porque había tenido el sueño más espantoso que cabía imaginar: había visto su muerte. Le llegaría durante el invierno. Separó los labios de la flauta al recordarlo.

Escuchaba las directrices de su padre y las arremetidas de Shudei, que practicaba incansable. Deseaba ser como su hermano, fuerte y valiente; pero Riaku siempre tenía miedo de sus sueños y de la gente que lo miraba horrorizada. Y odiaba las armas.

Entonces comenzó a tararear. Luego cantó la letra en voz baja, notando cómo el viento se detenía, cómo el mundo quedaba silente, cómo la tierra comenzaba a temblar. Su madre volvió el rostro para mirarlo. A lo lejos, su hermano dejó caer la espada de entrenamiento, vencido por un repentino mareo. Un hilillo de sangre descendió por la nariz del niño, y también por la de su madre. Él no alcanzó a verlo, pero su hermano acababa de limpiarse la sangre con la manga de la camisa, sorprendido.

Riaku se abstraigo de cuanto lo rodeaba y quedó absorto en su propio canto, como si en esos momentos solo existiera él y el res-

LA CANCIÓN DE LOS SOÑADORES

to del mundo hubiera desaparecido. Sus pulmones se llenaron de aire mientras cantaba con su vocecilla infantil:

*El poder emana y el mundo se consume.
La Oscuridad nos alcanza, nos quebranta.
Aquellos que se alimentan serán condenados,
aquellos que traicionan serán castigados.
La Canción los paraliza y los encadena.
La letra se susurra, la música resuena,
el poder se quiebra y la melodía los controla.
Para que todos me obedezcan,
para que mi juicio pueda ser emitido.
La Canción combate el poder, restaura el equilibrio.*

Primera parte

Edmoden

El pueblo le gustaba. Había llegado tres semanas atrás y no se cansaba de admirar su belleza. Disfrutaba de la vista del mar Cario contemplando la puesta de sol desde los acantilados; le agradaban los amaneceres brillantes, acompañados de ese peculiar olor a salina. Edmoden era la población norteña más cercana a Liampa; poseía un puerto mercante al que los dáricos llegaban. Era habitual avistar los grandes navíos de Runna, de llamativas velas blancas y doradas, con el escudo de un sol cerniéndose sobre una duna de arena. Esa misma tarde, Quiazz había observado partir el último barco de Runna, pero no había logrado ver ningún miembro de la tripulación.

También le agradaba la gente de allí: poseían una belleza distinta a cuanto había contemplado en Marial-Pat. Predominaban la piel oscura y los ojos almendrados, de pupilas castañas o muy azules en su mayoría. No había en Edmoden hombre o mujer que no estuviera instruido en el oficio de la pesca y la navegación, y eso le fascinaba.

A Quiazz le habría gustado alojarse en el pueblo. Disfrutaba con el ambiente que se respiraba en sus calles: los ajetreos del amanecer y la calma al llegar la noche. Pero su padre se negó, de modo que habían montado un campamento en el bosque, a medio kilómetro de Edmoden. Dos días atrás, había llegado un halcón desde el último puesto de vigilancia establecido por su padre en Alcea, a cinco días a caballo de Edmoden. El dárico gris estaba allí. Desde entonces, Quiazz no había podido dejar de pensar en el famoso endémico. No habían logrado identificarlo, porque se

ocultaba bajo la capucha como si intentara esconderse de los ojos curiosos.

El olor a alcohol penetró en sus fosas nasales y lo obligó a salir de su ensimismamiento y prestar atención a su acompañante. Estaba en una taberna cerca de los acantilados, donde el rugido del mar era ensordecedor.

—¿No vas a decirme de dónde vienes? —Le susurró la chica al oído mientras se llevaba la copa a los labios—. Eres todo un enigma.

—Es parte de mi atractivo —se ufano Quiazz con una gran sonrisa.

Ella negó con la cabeza y sonrió, divertida. Tenía el cabello rizado y de color azabache, casi tan suave como su piel. Quiazz bebió un largo trago ante la mirada penetrante de la joven. El licor de Edmoden era fuerte, un líquido blancuzco que sabía horrible y le dejaba la garganta irritada y la mente adormecida. El salón estaba iluminado, la música envolvía el lugar y la gente bailaba animada al ritmo de los alegres acordes. Su acompañante le mordió el lóbulo de la oreja y le quitó el vaso de las manos.

La estrechó en un abrazo y ella lo besó con intensidad.

—¿Tienes que marcharte o puedes escaparte una noche? —preguntó ella en tono burlón. La joven le sacaba al menos cinco ágaras—. Podrías dormir conmigo en una de las habitaciones de esta posada.

—Creo que a mis padres no les importará —contestó, siguiéndole el juego.

Ambos rieron y volvieron a besarse. La chica levantó la mano para llamar al posadero y, sin necesidad de alzar la voz, le pidió una habitación. Quiazz metió las manos en los bolsillos y entonces recordó que ya había gastado todo su dinero. Ella volvió a reír y extrajo una pequeña moneda de plata de un bolsito de cuero negro.

Subieron las escaleras hasta una habitación de la primera planta. Se besaron, se acariciaron y entraron en la estancia empujando la puerta con el peso de sus cuerpos. Ella le tiró un poco del pelo

para bajar su cabeza y tener un mejor acceso a sus labios. Quiazz se había dejado crecer el cabello por debajo de los hombros, y ahora era una mata espesa y rebelde. A Gastor le disgustaría verlo así. Pensar en el amigo que sin querer había dejado atrás en Marial-Pat le produjo una extraña sacudida. Supuso que lo añoraba.

Los besos se intensificaron. Quiazz levantó a la chica por la cintura y la condujo hacia la cama, dejando que las puntas de sus pies rozaran el suelo. Se tumbó sobre ella.

—Eres muy dulce —murmuró la chica antes de empujarlo para que quedara de espaldas en la cama. Ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas—. Pero creo que no lo has comprendido. Yo decido cuándo, cómo y qué hacemos.

—Me parece bien —dijo Quiazz con la voz llena de deseo.

Volvió a agarrarle del pelo, esta vez con mayor fuerza, y lo atrajo hacia ella para besarle de nuevo. Quiazz rio sobre sus labios. Iba a ser una gran noche.

Lo despertó una acuciante sed; notaba la garganta tan seca que le costaba respirar. No recordaba cómo había llegado hasta su tienda en el campamento. Miró a su alrededor y estaba solo. Por fortuna, alguien había tenido la amabilidad de dejar una jarra de agua junto a la cama. Bebió con desesperación, sin importarle mojarse la camisa. Entonces se percató de que seguía vestido.

Se frotó la nuca. Había soñado con el mar Cario y los barcos dárlicos. La imagen del elegante navío de Runna le había impresionado. Lamentaba no haber llegado a tiempo para ver a los miembros de la tripulación, ardía en deseos de encontrarse frente a frente con un dárlico. Jamás se le había presentado la ocasión a pesar de haber pasado toda su infancia leyendo sus historias y aprendiendo sobre ellos. Dastan, el hombre que había ejercido como su padre, siempre le insistió en que era su obligación, que llegaría el día en que todo aquel conocimiento le sería necesario. Quizá la razón fuera proporcionarle medios para defenderse de

los dáricos. Al fin y al cabo, uno de ellos había asesinado a su madre.

Dejó la mirada perdida y se quedó absorto en sus recuerdos de infancia. La carta que Dastan le hizo llevar a Zaraen en persona le permitió conocer a su verdadero padre y descubrir el infortunio de su madre. Según el escrito, una anciana lo había llevado al huleoj poco después de nacer, asegurando que un dárico había acabado con las vidas de los miembros de su casa. Dastan jamás habló de aquello con él. ¿Cuánto habría de cierto en esa historia? Qui-azz estaba convencido de que el hombre que cuidó de él ocultó gran parte de la verdad.

—¿Ya estás despierto? —La voz de su padre lo sobresaltó. Le hablaba desde fuera.

—Eso creo... —murmuró mientras se ponía en pie.

—Aséate y ven a mi tienda, tenemos que hablar.

Quiso protestar, pero no tuvo tiempo: el sonido de los pasos le indicó que Zaraen se alejaba a toda velocidad. Hizo lo que le había pedido. Aunque habría preferido darse un baño, se conformó con lavarse la cara y las manos. La tienda de su padre estaba al otro lado del campamento, aislada de las demás. Mientras lo cruzaba, algunos hombres susurraban y reían, burlándose de él. Lo tenían por un borracho.

Los acompañaban treinta soldados, la mitad de los cuales habían sido reclutados por su padre durante el invierno para suplir las pérdidas de los hombres que habían fallecido en el barco, bien por la enfermedad o debido al ataque de esa criatura desconocida y letal. Solo pensar en ella le producía escalofríos. Trataba de no recordarla ni a ella ni las palabras que le había dirigido, y que guardaba en completo secreto: «Eres portador de muerte».

El invierno había sido cruel. Tras abandonar el barco en aquella playa, su padre los condujo hacia el interior, en busca de las montañas donde habitaban los Dol. Vagaron sin descanso por las tierras del Norte, teniendo encontronazos con los kalastys y asistiendo impávidos a la destrucción de las aldeas por las que pasa-

ban, que les recibían calcinadas, despojadas de vida. Llegar a las montañas de los Dol fue una tarea difícil, y en alguna ocasión temieron perderse por los inhóspitos caminos entre los riscos. Al final, un grupo de soldados Dol salió a su encuentro y los condujeron por senderos ocultos hasta alcanzar las verdes tierras de la familia. Fueron bien recibidos, pues a Zaraen y al líder de los Dol los unía una fuerte amistad que Quiazz había desconocido hasta ese momento.

Daraes-Dol los acogió en su hogar durante cinco semanas, mientras se recuperaban y trazaban nuevos planes. Conversaron sin pudor, incluyendo a Quiazz en aquellas largas tertulias acompañadas de té y viejos libros que decoraban el despacho de Daraes. Nunca le permitieron intervenir, y él tampoco se interesó por hacerlo; se limitaba a escuchar, atento a cada palabra. Hablaron del futuro de Marial-Pat, de la necesidad de un rey y de la independencia del Norte si el consejo de ancianos no cedía en su presión contra ellos; de las mentiras del Galaef para mantenerse en el cargo. También especularon sobre el humano que supuestamente poseía endomia. Daraes apoyó la campaña de Zaraen para localizarlo y arrebatárselo a los dáricos.

Cuando partieron, seis soldados Dol, con los cabellos rojos como el fuego, los acompañaron. Los comandaba Robert, sobrino de Daraes y con quien Quiazz había entablado una buena amistad esos días. Desde el primer momento, su expresión taciturna y su pose perpetuamente defensiva le recordaron a Gastor.

Las risas cesaron cuando Quiazz alcanzó la tienda de su padre. Se rascó la nuca e inspiró con fuerza, tratando de despejar su cabeza. Dentro le esperaban Robert, Joan y su padre. Joan permanecía con ellos con la misma lealtad que siempre le había profesado a Zaraen. Robert presentaba un aspecto impecable, como si la noche anterior no hubiera estado bebiendo tanto como él. Quiazz resopló. El almuerzo estaba sobre la mesa. Cogió una silla y se unió a ellos.

—¿Te divertiste anoche? —preguntó Joan con sorna.

—Mucho. Deberíais acompañarme esta noche, o la que viene.
—Removió la carne de su plato con el tenedor; tenía el estómago revuelto—. Os iría bien un descanso a todos, seguro que veríais las cosas de otro modo.

—Daraes ha enviado un halcón a su sobrino —les interrumpió Zaraen con el ceño fruncido—. Se encuentra a menos de dos semanas de Edmoden, llegará muy pronto. No ha explicado los motivos de su retraso, pero nos ha solicitado que no dejemos a los Hal abandonar el pueblo hasta su llegada, tal como acordamos.

—¿Planeas encerrarlos? —se burló Quiazz mientras se arrellanaba en la silla.

—Haré cuanto sea necesario.

—Es extraño que los Hal sigan en Edmoden; según nos informó el gobernador, su intención era marcharse al inicio de la primavera. Intuyo que estaban esperando un barco en concreto, pero, como desconocemos su ruta, es difícil saber cuál —comenzó a exponer Joan, tratando de retomar la conversación e impedir que padre e hijo discutieran de nuevo—. Pero eso nos beneficia, sin duda. Si siguen aquí es porque dicho barco tardará en zarpar. Obligaremos al gobernador a detener el tránsito marítimo y cerrar el puerto.

—¿Bajo qué pretexto? —quiso saber Robert.

—El gobernador deberá imaginar algo grande y asumir las consecuencias. —Zaraen tragó un gran trozo de carne y se limpió los labios con una servilleta—. Tuvo oportunidad de granjearse el favor de Daraes el día en que los hermanos Hal pusieron un pie en Edmoden. Guardar el secreto le va a salir caro.

De eso no había duda. Quiazz conocía poco acerca de los hombres del Norte, sus costumbres y tradiciones. Solo una cosa parecía común en todos los pueblos, y era el respeto hacia los Dol.

Cuando Robert vio a uno de los Hal en Edmoden, se apresuró a poner sobre aviso a Zaraen y a su tío. Quiazz recordaba el terror en el rostro del gobernador tras su visita. Era conocido en el Norte que Daraes daría cualquier cosa por ponerle las manos encima a uno de los Hal y que no perdonaría a quien los ocultara.

—¿Por qué te preocupas por los Hal? —preguntó de pronto Quiazz—. Estamos aquí por el endémico.

—Y es gracias a la ayuda que Daraes nos prestó, no lo olvidés. —Zaraen había plantado las dos manos sobre la mesa—. Es necesario hacer honor a la lealtad, es el arma más poderosa que tenemos. De todos modos, el plan era evitar que los dáricos y el humano endémico abandonaran el pueblo en barco; tenemos dos problemas y una misma solución.

—Tú no debes preocuparte por ese asunto, tan solo has de evitar cruzarte con alguno de los Hal. Poco importa que no te conozcan, es mejor no correr riesgos —dijo Joan con la boca llena de carne.

—Yo no confiaría en esos desgraciados, son escurridizos. —Robert escupió cada palabra, rabioso—. Mis hombres y yo podríamos atraparlos y mantenerlos aquí hasta la llegada de mi tío. De momento ignoran que estamos en Edmoden, tenderles una emboscada sería sencillo.

—¿Y si mueren en la trifulca? —preguntó Zaraen.

No, no podían arriesgarse. Daraes los quería con vida para infligir en ellos el castigo que creyera más conveniente. Quiazz se sentía mareado, y no era por la resaca: algo en todo aquello no terminaba de encajar.

—Cómo proceder con los Hal queda zanjado. En cuanto a los dáricos, debemos asegurarnos de que no salen de aquí hasta que el endémico se nos haya unido. —Zaraen había bajado mucho la voz—. ¿Cuántas tabernas te quedan por visitar?

—Solo dos. —Quiazz suspiró y se presionó los lagrimales con los dedos.

—Esta noche acudirás a ambas y mañana volverás a las de la periferia. Si los dáricos pernoctan en Edmoden se decidirán por esas, estoy convencido. La gente del pueblo debe habituarse a ti, no han de verte como un extraño. —Quiazz asintió. La cabeza le dolía demasiado para hacer otra cosa.

—No será sencillo acercarme al endémico, es posible que no lo

dejen solo —apuntó Quiazz con resignación—. Pero puedo conversar con ellos. Conozco su historia, he leído mucho acerca de su raza.

—Seguirás el plan. No quiero que te aproximes a los dáricos, y mucho menos que entables conversación con ellos. Solo puedes acercarte a él, y si la primera noche no lo logras, lo volverás a intentar a la siguiente. —Zaraen había soltado el tenedor—. Nunca comprenderé por qué razón Dastan te hizo estudiar a los dáricos.

—Siempre decía que lo iba a necesitar. —Había otra intención tras el empeño de su otro padre, Quiazz estaba convencido. El problema era que nunca había logrado saber de qué se trataba.

Su padre suspiró cansado y regresó a su almuerzo, dando el tema por zanjado. Robert seguía comiendo, pendiente de la conversación, y Joan lo examinaba con cautela. Quiazz apoyó la espalda en el asiento de la silla y bajó los brazos de la mesa. El anillo se deslizó de su dedo y cayó rodando por el suelo. Observó cómo recorría la tienda hasta detenerse en el centro. Siempre le había quedado grande.

—Me sorprende que sigas llevando el anillo del consejo de ancianos —comentó Zaraen con un ligero desdén.

—Un día regresaré a Marial-Pat, puedes estar seguro. Este anillo me lo recuerda. —Miró a su padre largo rato a los ojos hasta que lo vio sonreír, como si aquello fuera un juego para él.

Los otros dos hombres sonrieron también. Era evidente que lo tomaban por un niño. Quiazz no dijo nada más y suspiró resignado; a pesar de sus palabras, no tenía claro cuándo lograría regresar. Habían pasado meses.

Fuera, el sonido de un trueno alteró la tranquilidad del campamento. El viento arreció y la carpa de la tienda se agitó. Enseguida comenzó a llover intensamente. Zaraen apartó su plato vacío y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Has vuelto a ver a esa chica? —El tono de Zaraen había perdido animosidad—. Me refiero a la desconocida de cabello oscuro. Al fin y al cabo, fue ella quien me dio la información sobre el endémico.

—No —respondió Quiazz secamente.

Quiazz no había vuelto a verla desde que se marchó de Marial-Pat. Quizás ella no pudiera abandonar la ciudad, aunque lo creía poco probable. Había admitido tiempo atrás que no era humana. Desconocía su poder, pero estaba seguro de que para ella seguirle no habría sido un impedimento, de haberlo querido. Quiazz no podía evitar sentirse decepcionado; tenía muchas preguntas que hacerle. Comenzando por su nombre.

—Pronto comprobaremos si es cierto lo que me dijo: que tú lograrías poner al endémico de nuestro lado, que te seguiría sin oponerse. —Zaraen observó a su hijo con atención mientras el joven ponía los ojos en blanco—. Puedes negarlo, pero yo creo en sus palabras. Ya solo queda esperar.

Esperar era lo que llevaban haciendo todo el invierno. Quiazz notó su estómago revolverse aún más, y un sudor frío le recorrió la espalda. Había algo... No sabía identificar qué era, pero estaba ahí, en su interior. Y le conminaba a salir huyendo.